

Dolor e indignación

El programa de Informe Especial que da cuenta de los abusos sexuales cometidos por el padre Marcial Maciel a seminaristas causa dolor e indignación. Dolor, porque sobrecoge el valiente y digno testimonio que dan hoy hombres ya mayores, cuyas vidas fueron virtualmente truncadas por esos abusos en su temprana juventud. Indignación, porque fueron perpetrados por quien los tenía bajo su protección y representaba para ellos el maestro que habría de guiarlos en su vocación sacerdotal. El enorme poder material y espiritual que Maciel ejercía sobre ellos fue mal usado para causarles terribles daños y fue utilizado después para cubrir con un manto de silencio sus denuncias y transformarlos en verdaderos apóstatas, en circunstancias que quien sí estaba traicionando su misión era el propio padre Maciel.

No somos nadie para juzgar las conductas de nuestros semejantes desde la perspectiva moral; está en otro ámbito el cumplimiento de ese deber. Pero sí tenemos la responsabilidad de extraer aquellas lecciones que para la sociedad se derivan de estos lamentables hechos.

Desde esa perspectiva hay una primera cuestión a señalar. El culto a la personalidad de un líder introduce peligros evidentes en la comunidad en que ello ocurre. El endiosamiento en vida de seres humanos que dirigen a otros hombres lleva casi siempre a una sensación de poder absoluto e impunidad que suele terminar mal.

Relacionada con lo anterior está la conveniencia de poner siempre, en toda organización humana, límites al poder. Ello es especialmente necesario en instituciones que por su naturaleza deben ser jerárquicas, como es el caso de las órdenes religiosas y también las fuerzas armadas y policiales. La transparencia en la información de lo que ocurre al interior de todas las instituciones es una necesidad de los tiempos. En el caso que comentamos, la carencia de límites y transparencia se ve agravada por el hecho de que niños de corta edad eran entregados por sus padres a la confianza de los sacerdotes de esa congregación, cuestión que desde ya parece discutible dado el enorme poder de inducción a que está sometido alguien tan joven.

Nunca es tarde para descubrir que en el hombre conviven el bien y el mal, y que está en cada uno, con la ayuda de Dios, hacer prevalecer la virtud.

El mal que pueda causar un hombre no anula el bien que él mismo haya producido. La tremenda y positiva obra de los Legionarios de Cristo en todo el mundo proviene de la fuerza que su fundador le imprimió a esa orden y debe estar por sobre las miserias humanas que llevaron a Maciel a ocasionar tanto daño.

Pero con la misma claridad hay que señalar que el

bien causado tampoco anula el mal. Por eso es altamente inconveniente intentar minimizar, ocultar o bajar el perfil a los deleznable hechos que hemos conocido. Resulta también repudiable la conspiración del silencio que en algún momento debió producirse en torno a estas situaciones. Por eso es encomiable la decisión del Vaticano de decretar una visita apostólica a la Congregación, que le permita purificarse del mal causado. La herida tiene que lavarse bien para que sane; mientras ello no ocurra, será difícil sostener la mirada pura de los ojos interrogantes de miles de niños y niñas que estudian en los colegios del movimiento Regnum Christi y que hasta hace un par de años tenían en sus salas de clases un retrato del padre Marcial Maciel.

Desde el interior de la Iglesia Católica, quienes no pertenecen al movimiento tan duramente afectado por estos hechos debieran mirarlo como se mira a una familia cercana aquejada de un gran dolor. Con fraternidad, con comprensión. Sólo de esa manera podrán colaborar en la enorme tarea de sanación y reflexión en que deben estar empeñados y que comienza por la plena aceptación de los hechos que hemos comentado.

Y desde afuera de la Iglesia, los hombres y mujeres de buena voluntad sabrán comprender también que las miserias humanas pueden alcanzar a cualquiera. Los demás podrán seguir alimentando su encono y resentimiento, pero no alcanzarán la paz. ■



LA TREMENDA Y POSITIVA OBRA DE LOS LEGIONARIOS DE CRISTO EN TODO EL MUNDO PROVIENE DE LA FUERZA QUE SU FUNDADOR LE IMPRIMIÓ A ESA ORDEN Y DEBE ESTAR POR SOBRE LAS MISERIAS HUMANAS QUE LLEVARON A MACIEL A OCASIONAR TANTO DAÑO.

LUIS LARRAÍN